

§. III.—Cómo la Virgen santísima defiende á los suyos de los asaltos de los enemigos invisibles.

I. Dios mio, ¿qué es el hombre en medio de los peligros que corremos á cada paso sino un barco de papel llevado por las olas y azotado por los vientos? ¿Y qué será de él si consideramos que todos los peligros de que se ha hablado hasta ahora, no son mas que males en imágen, si los comparamos con los asaltos de los enemigos invisibles de su salvacion? Así lo comprendia S. Pablo cuando decia (1) que no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los gobernadores de estas tinieblas del mundo, contra los espíritus de maldad en los aires y no por cosas caducas y perecederas, sino por bienes celestiales y eternos. Los llama las potestades del mundo por las extraordinarias perfecciones naturales de que estan dotados, por su fuerza sin igual y por las victorias que han ganado á los primeros hombres de la tierra, figurados en los altos cedros del Libano que han derribado, y en general á la mayor parte del universo que han sujetado á sus leyes. Los llama principes de las tinieblas, porque no ignoran ningun ardid, ni engaño, ni supercheria, y porque su principal astucia consiste en precipitarnos y cegarnos. Los llama espíritus de maldad, porque estan tan curtidos en sus aviesas voluntades, que parece no tienen otra naturaleza mas que su misma maldad y que su diferencia es el odio, la ojeriza y la crueldad. Fuera de esto nuestra mayor desgracia consiste en que son malicias espirituales, cuyas juntas son invisibles, sus maquinaciones sordas, sus ardidés

(1) Ad ephes., VI.

ocultos, sus planes secretos y sus astucias antes puestas por obra que descubiertas. Por conclusion dice que en esta lucha no se trata de ningun interés temporal, sino de afianzar ó perder irremisiblemente nuestra salud eterna. Además ¿quién podrá contar las mañas de que se valen para sorprendernos, las fuerzas que emplean para abatirnos, y las diversas baterias que asestan para echarnos por tierra? Ellos cautivan con sus encantos las potencias exteriores de nuestras almas, poseen nuestros cuerpos y los manejan como si fueran los espíritus de ellos, arman infinitas asechanzas á nuestra vida y nos asaltan con tentaciones, ilusiones, terror é importunidades: en una palabra su verdadero nombre es *mille artes* (como respondió uno de ellos al B. Jordan, general de la orden de santo Domingo), porque saben mas ardidés é inventan mas medios de cogernos que arenas hay en la playa del mar. ¿Qué probabilidad pues hay de que una ruín oveja pueda librarse de las garras de lobos feroces ni de que un hombre sin discrecion ni fuerza deje de caer en las redes de esos diestros cazadores? Es cosa clara que solo con el auxilio del cielo somos capaces de librarnos de sus garras y defendernos de su furia. Pero por otra parte si la virgen Maria, que quebrantó la cabeza de la antigua serpiente, se digna de tomarnos bajo de su proteccion, no tenemos ningun motivo para temer ni los cautelosos ardidés, ni los esfuerzos desesperados de ese animal carnívoro.

La Virgen santísima deshace sus maleficios.

II. La madre de Dios sabe bien el modo de deshacer sus maleficios y ha dado infinitas pruebas de su destreza, segun hice ver en otro lugar; pero recuerdo especialmente lo que acaeció en el año 1608 á Pedro Pillat, mozo residente en Termiñon en la Saboya. El 26 de noviem-

bre sintió el maleficio y fué atormentado por el espíritu malo hasta el 17 de enero del año siguiente, día en que su padre resolvió ir á cumplir un voto que tenia hecho á nuestra señora de Charmes por la curacion de su hijo. Veamos por un lado la inestimable bondad de Maria y por otro su prodigioso poder. No bien se hubo postrado el padre delante de la sagrada imágen suplicándola con lágrimas se apiadase de aquel pobre desconsolado, comenzó á hablar el mozo; lo que no habia hecho desde el primer día del hechizo por refinada malicia de Satánás, el cual le habia quitado el habla para que no pudiese declarar lo que padecia. En el mismo instante se sintió enteramente curado, y la primera palabra que pronunció, fué *Jesus y María*. Despues de dar gracias al hijo y á la madre exclamó: ¡Oh desdichado! ¡Oh tizon del infierno! ¡Cuántos dolores me has hecho sufrir! Varios parientes acudieron á ser testigos del prodigio, y todos conocieron claramente que habia recobrado la salud á la misma hora en que el padre la imploraba por la intercesion de María santísima.

La Virgen los ahuyenta de los cuerpos.

III. La Virgen no tiene menos virtud cuando quiere echarlos de los cuerpos en que se han entrado. Los libros abundan en ejemplos: voy á referir uno sacado de la historia de nuestra señora de Hault. Habia en la ciudad de Lila una doncella por nombre Catalina Busie, posesa desde la edad de diez y ocho años; y no es decible cuánto habia padecido desde entonces. Muchas veces no podian sujetarla cinco ó seis hombres de los mas robustos. En una ocasion aconteció que empleando un religioso capuchino los exorcismos ordinarios de la iglesia ahuyentó á siete demonios, que poco antes habian echado por la boca de aquella infeliz criatura agujas,

azufre, monedas de plata, un clavo de medio pie y otras semejantes piezas de mágia. Al mismo tiempo dirigiéndose la posesa á uno de los asistentes le dijo: ¿Con que estás tú ahí? Bien sé de dónde vienes y lo que has traído de nuestra señora de Monteagudo. Todos los asistentes fijaron la vista en él, y el exorcista por inspiracion divina le llamó y le preguntó la verdad del caso. El hombre confesó que habia hecho aquel viaje y habia traído una astilla de la famosa encina de Monteagudo. El padre le pidió un pedacito, que puso en la boca de la jóven mandándola que la tragára. Al instante se le subieron los demonios al gáznate dando alaridos y gritando que aquel pedazo de madera los atormentaba y abrasaba y que no podian sufrirla. Estrechados para que abandonasen el cuerpo, prometieron hacerlo y aseguraron que nuestra señora de Monteagudo los forzaba á salir de allí. Los dos primeros (porque eran tres) rompieron al salir un cuarteron de la vidriera de la iglesia, y el tercero habiendo arrancado de la pared un clavo grueso le tiró contra la misma vidriera sin romperla, publicando á su pesar las grandezas de la Virgen santísima, cuya presencia no podian sufrir.

Impide que nos hagan daño en nuestras vidas.

IV. Tiene sin comparacion mas medios é industrias para defender nuestras vidas que esos espíritus malignos para maquinan contra ellas. Habiéndose retirado san Guillermo de Aquitania á un desierto espantoso para hacer penitencia de sus pecados, los diablos le declararon guerra á muerte y le asaltaron con recias tentaciones: por fin le sacaron de la cueva donde se recogia, y le golpearon con tanta furia, que le dejaron magullado todo el cuerpo. En este estado se le apareció la virgen María y le dijo muchas cosas de celestial dulcedumbre;

con lo que quedó su alma grandemente consolada. Al mismo tiempo dos vírgenes que acompañaban á la reina del cielo, le llevaron á su celda, encendieron lumbre, le untaron el cuerpo con un unguento precioso que traían, y le restituyeron las fuerzas y la salud. S. Antonio de Padua predicando una cuaresma con su acostumbrado zelo obró una asombrosa mudanza en las costumbres; por lo cual el enemigo de todo lo bueno se abalanzó á él una noche y le apretó de tal modo la garganta, que por poco le ahoga; pero el santo hizo la señal de la cruz sobre la garganta rezando el himno *O gloriosa domina*, y el espíritu maligno tuvo que retirarse avergonzado.

Nos arma contra las tentaciones.

V. ¿Qué diré de los asaltos que el enemigo da á nuestras almas, tanto mas frecuentes, cuanto menos advertidos, y tanto mas peligrosos, cuanto la pérdida del alma es infinitamente mas importante que la de la salud y la vida? Mas ¿qué diré del auxilio que recibimos del cielo, y de la asistencia continua de la madre de Dios? Si nuestros enemigos se preparan para debilitarnos con sus tentaciones, ella les sale al encuentro y desbarata sus perniciosas maquinaciones (1). A poco de haber muerto S. Francisco de Asis

(1) *Adición de la madre María Jacoba de Blemur.*—«Pero porque el espíritu es mucho mas noble que el cuerpo y la pérdida del alma mas importante que la de la salud y la vida, el demonio emplea todas sus fuerzas y ardises para arruinarnos por este lado; á lo cual se opone la

Virgen santísima hasta donde se extiende su incomparable caridad. Ella nos enseña que el mejor medio de confundirle es cerrar los oídos á cuanto puede decirnos para turbarnos y hacer vacilar nuestra fé. Eva se perdió por haberle escuchado y haber hablado con él. Nada siente

algunos de los que vivían mas familiarmente con él, se juntaron para deliberar sobre los medios de librarse de la importunidad de las tentaciones deshonestas. Uno de los mas experimentados afirmó que él por su parte no habia encontrado mejor medicina que el recurrir á la Virgen de las vírgenes con grandísima confianza. Siempre que me siento molestado de semejantes pensamientos, decia, me postro ante una imágen de la madre de Dios y hago propósito de no levantarme de allí hasta que mire mis lágrimas y oiga los gemidos de mi corazón. El venerable abad Guillermo, íntimo amigo de san Bernardo, cuya vida escribió, cuenta que Dios curó casi milagrosamente á un caballero de una enfermedad peligrósísima de espíritu por la destreza del santo y la mediación de María. Se habia enseñoreado de tal manera de aquel infeliz el espíritu de la lujuria, que le era imposible pasar un día sin cometer algun pecado. S. Bernardo movido de un deseo vehementísimo de reducirle no perdonó ninguna medicina: por fin le pidió treguas por tres dias en honor de la beatísima Trinidad. El caballero viendo que el plazo era tan corto se lo prometió por no contristar á una persona tan querida y venerada, y cumplió fielmente la promesa. Al cabo de los tres dias el santo le pidió otro plazo igual en consideracion de la madre de Dios. El caballero tuvo vergüenza de negar tan poca cosa á la reina del cielo, y así lo concedió; en lo cual salió muy ganancioso, porque nuestra señora le alcanzó tanta resolucion y fortaleza para resistirse en ade-

mas este ángel soberbio que el desprecio: se le ahuyenta no mirándole siquiera: se le hace callar no respondiendo una palabra; y viendo él esto no repite un asalto que solamente sirve para vigorar á aquel á

quien quiere perder. La Virgen santísima apoya con su valimiento los documentos que da á sus siervos, y todo les sale bien, con tal que tengan confianza en su bondad.»

lante á las tentaciones, que queriendo S. Bernardo pactar de nuevo con él, le dijo el caballero: No, padre, ya no es tiempo de entretenerme con estos cortos plazos: estoy resuelto á entrar de veras en tratos con Dios, y mediante el favor de la Virgen santísima intento hacer voto de castidad perpetua con la condicion de que me quite la vida si me acontece ofenderle con deshonestidades.

VI. Si nuestra señora permite que las tentaciones sean violentas y extraordinarias, no deja de socorrer á proporcion. Nuestro siglo tan fecundo en santidad como en malicia nos ofrece un singular ejemplo en la sierva de Dios Magdalena de Pazzis, religiosa carmelita de Florencia, beatificada por el sumo pontífice Urbano VIII el dia 25 de abril de 1620. Esta santa religiosa era cruelmente perseguida por los espíritus malignos y atormentada con recias tentaciones. Una vez entre otras se vió asaltada de tan violenta desesperacion, que deseaba matarse, porque le parecia estar ya reprobada á causa de sus enormes pecados, y se fué derecha á la cocina á coger un cuchillo. Satanás habia tenido licencia para inducirle á aquel acto de desesperacion; pero la Virgen se puso sin tardanza por medio y trastornó los siniestros planes de su enemigo. Magdalena cogió el cuchillo, se encaminó al coro, y con la impetuosidad que la dominaba, se subió al altar de la Virgen y depositó en manos de la sagrada imágen el arma fatal. En el instante mismo quedó libre de aquella terrible desesperacion. La santa afirmaba que hubiera muerto de horror entre los infinitos pensamientos y sugestioncs abominables que la asaltaban, si la reina de las virgenes no le hubiese asegurado que su pureza no habia padecido de resultas mas que las vestiduras de los tres mancebos en el horno de Babilonia ó los rayos del sol al pasar por un lodazal.

Nos defiende de las ilusiones.

VII. Si los príncipes de las tinieblas piensan sorprendernos con sus ilusiones, ella alumbra sin tardanza para que las conozcamos. Bien lo sabia aquel anciano de quien habla Cesáreo, porque tratando un dia con una religiosa, á la que guiaba por el camino de la perfeccion, le preguntó él cómo estaba, y la religiosa respondió: Muy bien gracias á Dios. Estas palabras pronunciadas tan resueltamente causaron alguna desconfianza al anciano; y así instando sobre ellas supo que era visitada á menudo por un ángel, que poco antes habia prometido remunerarla por sus fatigas. El discreto anciano, que no ignoraba que muchas veces el príncipe de las tinieblas se transfigura en ángel de luz, ordenó á la religiosa pidiera á aquel espíritu, si volvía, le mostrase la virgen María, su amada madre, y en caso de serle otorgada esta gracia se postrase de rodillas y rezase el Ave María. No dejó Satanás de volver con muy extraordinaria apariencia de gloria y majestad, y la religiosa le propuso lo que su confesor le habia ordenado. El espíritu de soberbia replicó que su presencia debia de bastar á la religiosa sin pedir mayores finezas; mas ella se mantuvo firme y no quiso desistir de su resolucion. El enemigo por no perder la presa le representó por burla una señora singularmente bella y rodeada de rayos de luz; pero no bien comenzó la religiosa á decir la salutacion angélica segun el mandato del anciano, se disipó toda aquella apariencia de gloria y grandeza convirtiéndose en un torbellino de humo.

VIII. Merece publicarse para honra y prez de la madre de Dios, lo que aconteció á S. Vicente Ferrer. Estando una noche en oracion suplicaba á nuestra señora se sirviese tomar bajo su proteccion la virginidad que él

le habia consagrado despues de Dios, cuando de pronto oyó una voz que le decia: «Vicente, Vicente, has de saber que todos no pueden ser virgenes y que si tú hasta ahora has creído poseer ese precioso don, yo dispondré que en adelante no tengas motivo para gloriarte.» Es imponderable el asombro del mancebo al oír tal respuesta, porque por un lado tenia dificultad en creer que la madre de pureza pudiese hablar así en perjuicio de una virtud que siempre apreció tanto, y por otro recelaba hubiese algun misterio oculto bajo de aquellas palabras, que él no penetrara, y que por culpa suya se hubiese hecho indigno de joya tan preciosa. Cuando mas angustiado estaba con estos pensamientos, se le apareció Maria santísima y despues de animarle le dijo que aquella voz habia sido del padre de la mentira, el cual no podia sufrir el resplandor de la castidad y demás virtudes de Vicente; que recibiría otros muchos asaltos del enemigo comun; pero que pusiese su confianza en ella despues de Dios y nunca seria desamparado. Con esto se confortó tanto el virtuoso mancebo y creció de manera en fervor, que mas parecia un ángel que un hombre.

Nos conforta y da armas contra el terror.

IX. Si el leon rugiente aparenta querernos tragar y prueba á infundirnos un terror pánico, ella pone un cuerpo de guardia al rededor de nuestros corazones. El devotísimo Enrique Suson, lumbrera brillante de la órden de predicadores en el siglo XIV, lo supo un dia por experiencia, porque vió al espíritu maligno con un rostro horrible, los ojos chispeantes de rabia, un arco en la mano y saetas de fuego: delante de él disparó una contra un religioso y le tendió en el suelo dejándole casi muerto. Al parecer queria hacer lo mismo con Enrique; pero este levantó los ojos al cielo y pro-

nunció aquellas palabras del oficio de la Virgen: *Nos cum prole pia benedicat virgo Maria*; y al instante desapareció el espantoso adversario.

X. Si nos importuna y nos hace violencia, la Virgen santísima nos tendrá bajo la sombra de sus alas y nos defenderá de las garras del dragon infernal. Así lo manifestó á Santiago de la Marca, varon apostólico y zelosísimo predicador de la órden de S. Francisco, que hizo resonar toda la Italia con la fama de su santidad y doctrina por los años de 1360. Poco tiempo antes de morir se encontraba tan abatido y tan atormentado por la persecucion continúa de los demonios, que le pesaba la vida. Para librarse de estas congojas hizo una peregrinacion al santuario de Loreto con esperanza de encontrar allí el alivio de sus males. Con efecto estando diciendo misa en la santa capilla con el corazon sumamente angustiado suplicó á la madre de misericordia no le negase el auxilio que habia experimentado otras muchas veces, y pusiese fin á un combate tan funesto y peligroso. Al punto se le apareció la madre de bondad, le saludó cariñosamente y le dió la buena nueva de su libertad y victoria, que alcanzó á poco por medio de una muerte felicísima.

XI. Por último podemos decir con verdad que la Virgen está enmedio de los suyos como otra serpiente de bronce, erigida por Dios para defenderlos de las mordeduras mortales de los áspides venenosos. Así aunque esa raza maldita hinche su garganta, levante la cabeza, aguce su lengua de tres puntas, vomite fuego, silbe, amenace, se irga, se revuelque y muerda cuanto quiera; no hay mas que levantar los ojos y mirar al signo de salud, y al instante estas serpientes abrasadoras tendrán que refugiarse en sus guaridas, y los que hayan sido mordidos por ellas, quedarán enteramente sanos. Estos son los admirables efectos de tu bondad incomparable para con los que tienen la dicha de ser tuyos, oh madre de misericor-

dia. Estos son los rasgos que te hacen digna de ser amada, servida y honrada por los ángeles y los hombres. Bendigante unos y otros por tantos bienes como recibimos de tu bondadosa mano, y el cielo y la tierra publiquen á una voz y sin intermision tus grandezas.

NOVENA ESTRELLA

ó **grandeza de la corona de bondad de la madre de Dios.**

CAPITULO X.

QUE LA VIRGEN ES LA MAESTRA DE LOS SUYOS.

Las tinieblas fueron una de las plagas mas duras con que Dios afligió á Egipto, y la ignorancia junto con la ceguedad del entendimiento es una de las principales miserias que el hombre siente despues del pecado. Por eso la madre de Dios no puede menos de hallar en los suyos un objeto digno de su misericordia é infinitas ocasiones de ostentar su bondad. ¿Y á quién faltará motivo para admirar con cuánto provecho de su parte ejerce nuestra bondadosa madre el oficio de maestra con todos los suyos?

§. I.—Que la madre de Dios es verdaderamente la maestra de los suyos.

I. Muchos han opinado que lo mejor para los niños es sacarlos temprano de la casa de sus padres, para que los eduquen y enseñen otras personas extrañas. Los que así opinan, consideran á los niños como tiernas plantas

á quienes conviene ser arrancadas de sus viveros y trasplantadas á otra parte. Este pensamiento no puede menos de ser bueno cuando hay peligro de que los malos ejemplos les sean dañosos ó cuando los padres carecen de capacidad ó proporcion para enseñarlos, siendo probable que en otra parte encuentren mejor enseñanza, ó como sucede muchas veces, cuando la excesiva indulgencia de los padres puede viciarlos ó embotar su entendimiento. Mas donde no existan tales causas, mi parecer será siempre que los hijos no pueden tener mejor escuela que su casa, ni mejores maestros que sus padres; porque si segun dicho de Clemente Alejandrino (1) y de S. Gerónimo los hijos son las flores del matrimonio, ¿quién tendrá mas cuidado de regalarlas, solearlas, preservarlas del frio del invierno y proporcionarles todo lo necesario para llegar á la perfeccion que aquellos que las plantaron en la tierra por decirlo así? Si segun la matrona romana Cornelia los hijos son las verdaderas joyas y tesoros de una casa; ¿quien sabrá conservarlas mejor que aquellos á quienes pertenecen? Si como decia la madre de Tobías, son la esperanza de la posteridad; ¿quién mas interesado en su buena educacion que aquellos cuyo nombre han de llevar y transmitir á los siglos venideros? Si como nos enseña el Crisóstomo (2), son un precioso depósito que los padres han recibido de Dios; ¿quién le guardará mas diligentemente que los que deben dar tan estrecha cuenta de él? ¿Qué otra consideracion tenian los antiguos cuando llamaban padres á los que hacen el oficio de maestros, segun vemos en el capitulo XLI del Génesis, sino que corresponde á los padres ser tambien maestros de sus hijos?

(1) Clem. Alex., Pædag., l. 2, (2) Hom. 9 in I ad Timot. c. 8.